

CARTA PASTORAL

A TODOS LOS FIELES DE LOS
VICARIATOS APOSTÓLICOS DEL NORTE Y DEL SUR DE ARABIA

"EN EL MUNDO, NO DEL MUNDO"

"NO TE PIDO QUE LOS SAQUES DEL MUNDO,
PERO TE PIDO QUE LOS PROTEJAS DEL MALIGNO".
(JUAN 17:15)

QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS EN CRISTO,

¡LA PAZ SEA CONTIGO!

1. Todos estamos pasando por un momento difícil ya que la pandemia de Covid-19 ha perturbado nuestra vida de muchas maneras. Deseo compartir con ustedes algunas reflexiones, tomando como punto de partida una palabra del evangelio de Juan. La encontramos en la larga oración de Jesús en la noche de la última cena. Después de lavar los pies de sus discípulos y antes de entrar en su Pasión, Jesús se dirige al Padre y reza por sus discípulos: "No te pido que los saques del mundo, sino que los protejas del maligno". (Juan 17:15)

Situado en medio del mundo real

2. Jesús no prevé que sus discípulos vivan en un mundo ideal sino en el afectado por el pecado. Como cristianos, tenemos que vivir en el mundo tal como es y no como a veces deseamos que sea. Experimentamos dramáticamente esta realidad durante esta época de la pandemia de Covid-19. Creer en Jesucristo y ser miembro de su Iglesia no nos coloca automáticamente en un paraíso. No nos salvamos de Covid-19 ni de otras calamidades simplemente porque creemos en el Señor. Como todo el mundo, estamos expuestos a los riesgos que existen en un mundo contaminado. No podemos pretender que podemos esperar un tratamiento especial de Dios en este sentido sólo porque creemos en su Hijo, Jesucristo. En su oración antes de la Pasión, Jesús no pide al Padre que saque a sus discípulos del mundo. Sólo le pide al Padre "que los proteja del maligno". "El maligno" no se refiere a la enfermedad, los accidentes, el hambre, la guerra y otras adversidades similares, sino al

diablo que puede tomarnos en sus garras, enfermar fatalmente nuestra alma y cortarnos la amistad con Dios.

3. Por supuesto, todos esperamos y rezamos para salir ilesos de la pandemia. Pero no hay garantía, ni para el creyente ni para el incrédulo. En este sentido, todos compartimos la misma condición básica y debemos hacer lo necesario para protegernos a nosotros mismos y a los demás de la manera más efectiva. Estamos agradecidos a todos los que trabajan día y noche para minimizar los riesgos mortales y que buscan intensamente la vacuna que, esperamos, restablecerá cierta seguridad. Sin embargo, la presente pandemia nos recuerda, de manera bastante sorprendente, que los cristianos comparten con todos los demás seres humanos el "hogar común" que Dios el Creador nos ha dado. La pandemia no hace ninguna distinción entre los creyentes y los no creyentes.

4. Sin embargo, la pregunta sigue siendo: ¿cómo debemos los cristianos hacer frente a esta situación? ¿Cuáles son las respuestas a las preguntas que preocupan a nuestras mentes y que pueden causar muchas dudas en nuestros corazones? Mirando hacia atrás en la historia, vemos desde el principio, que los cristianos tuvieron que aprender por experiencia dolorosa lo que significaba estar en el mundo pero no ser del mundo. Los seguidores de Jesucristo estuvieron expuestos a menudo a un ambiente que era todo menos amistoso con la nueva fe de los cristianos. Sin embargo, los fieles no se retiraban de la sociedad en la que vivían ni caían en una autocompasión colectiva. Más bien, encontramos que desde los primeros tiempos, los cristianos se comprometieron con la vida pública y social, a menudo arriesgando sus propias vidas. En su apariencia externa, no se segregaban de las personas a las que pertenecían; pero la forma en que vivían en medio de una sociedad pagana (y en muchos aspectos, inmoral) era diferente.

Llamado a ser el "alma" del mundo

5. Para entrar en el punto anterior con cierta profundidad, deseo citar un pasaje más largo de un antiguo texto que fue escrito alrededor de 130-160 años después de la muerte de Cristo. El texto, que toma la forma de una carta dirigida a un hombre llamado Diogneto, nos da una imagen que podemos adaptar fácilmente a nuestra situación. Hablando de la

vida de los cristianos en medio del mundo en ese momento, el autor escribe lo siguiente:

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su nacionalidad, ni por su lengua, ni por sus costumbres. No habitan en ciudades separadas, ni hablan un dialecto extraño, ni siguen un modo de vida extraño. Su enseñanza no se basa en ensueños inspirados por la curiosidad de los hombres. A diferencia de otras personas, no defienden ninguna doctrina puramente humana. En lo que respecta a la vestimenta, la comida y el modo de vida en general, siguen las costumbres de cualquier ciudad en la que vivan, ya sea griega o extranjera.

Y sin embargo, hay algo extraordinario en sus vidas. Viven en sus propios países como si estuvieran de paso. Desempeñan todo su papel como ciudadanos, pero trabajan bajo todas las discapacidades de los extranjeros. Cualquier país puede ser su patria, pero para ellos su patria, dondequiera que esté, es un país extranjero. Como otros, se casan y tienen hijos, pero no los exponen. Comparten sus comidas, pero no sus esposas.

Viven en la carne, pero no se rigen por los deseos de la carne. Pasan sus días en la tierra, pero son ciudadanos del cielo. Obedientes a las leyes, viven en un nivel que trasciende la ley. Los cristianos aman a todos los hombres, pero todos los hombres los persiguen. Condenados porque no son comprendidos, son puestos a muerte, pero resucitados a la vida de nuevo. Viven en la pobreza, pero enriquecen a muchos; son totalmente indigentes, pero poseen una abundancia de todo. Sufren la deshonra, pero esa es su gloria. Son difamados, pero reivindicados. Una bendición es su respuesta al abuso, una deferencia es su respuesta al insulto. Por el bien que hacen reciben el castigo de los malhechores, pero aún así, se alegran, como si recibieran el regalo de la vida... (De una carta a Diogneto)

6. Este testimonio de la antigüedad nos muestra que los cristianos no se separaron de manera sectaria del mundo y la sociedad en la que vivían. Más bien, lo que los distinguía era su forma de vida. En una cultura en la que la gente adoraba al poder e incluso trataba al Emperador como a un dios, los cristianos decían que sus vidas y su culto pertenecían sólo al verdadero Dios. Esto no era negociable para ellos, incluso si eran asesinados por esta creencia. En una sociedad donde el aborto y el asesinato de bebés después de su nacimiento era una práctica común, guardaban como sagrado el fruto del útero. En una cultura donde la promiscuidad sexual era una práctica común, insistían de palabra y de

obra en la exclusividad del vínculo matrimonial. En una época en la que la discriminación de las personas formaba parte del sistema, los cristianos se consideraban a sí mismos como hermanos y hermanas independientemente de su estatus social y económico, o de su pertenencia lingüística o cultural. La realidad puede no haber correspondido siempre al ideal. Sin embargo, la semilla de un estilo de vida totalmente diferente – enraizado en el ejemplo y la palabra de Jesucristo – se difundió y produjo frutos. En medio de sus luchas, los cristianos estaban orgullosos de su identidad. Estaban convencidos de que aunque fueran pocos, podían cambiar el mundo. Escuchemos de nuevo la misma carta a Diogneto:

Para hablar en términos generales, podemos decir que el cristiano es para el mundo lo que el alma es para el cuerpo. Así como el alma está presente en cada parte del cuerpo, aunque permaneciendo distinta de él, así los cristianos se encuentran en todas las ciudades del mundo pero no pueden ser identificados con el mundo. Así como el cuerpo visible contiene el alma invisible, los cristianos son vistos viviendo en el mundo, pero su vida religiosa permanece invisible. El cuerpo odia al alma y lucha contra ella, no por ninguna herida que el alma le haya hecho, sino por la restricción que el alma impone a sus placeres. Del mismo modo, el mundo odia a los cristianos, no porque lo hayan hecho mal, sino porque se oponen a sus placeres.

Los cristianos aman a los que los odian como el alma ama al cuerpo y a todos sus miembros a pesar del odio del cuerpo. Es por el alma, encerrada en el cuerpo, que el cuerpo se mantiene unido, y de manera similar, es por los cristianos, detenidos en el mundo como en una prisión, que el mundo se mantiene unido. El alma, aunque inmortal, tiene una morada mortal; y los cristianos también viven por un tiempo entre las cosas perecederas, mientras esperan la libertad del cambio y la decadencia que será suya en el cielo. Así como el alma se beneficia de la privación de comida y bebida, así los cristianos prosperan bajo la persecución. Tal es la elevada y divinamente designada función del cristiano, de la que no se le permite excusarse. (De una carta a Diogneto)

Resistir la tentación de conformarse con el mundo

7. A veces me pregunto si nosotros, a diferencia de esos primeros cristianos, ya no estamos orgullosos de nuestra identidad como

católicos. Tal vez esto se deba a los indiscutibles escándalos que ocurrieron (y que desgraciadamente siguen ocurriendo) entre nosotros y dentro de la Iglesia. Paralizados por tales escándalos, ya no somos capaces de vivir con la serenidad y la esperanza que San Pablo expresa en su carta a los Filipenses: "Olvidando lo que queda atrás y esforzándose por lo que queda adelante. Continúo hacia la meta para el premio de la llamada celestial de Dios en Cristo Jesús. Así pues, los que hemos madurado, tengamos el mismo espíritu" (Fil 3, 13-15). Mientras que debemos enfrentar los errores del pasado, estamos llamados a vivir la Buena Nueva de nuestro Señor Jesucristo con valentía en el presente. Frente a los desafíos del mundo de hoy, tenemos que evitar los caminos que nos llevan por mal camino. Un error sería retirarnos de la sociedad que nos rodea y escondernos en nuestro propio gueto religioso como tienden a hacer ciertos grupos. Estas personas viven separadas de la sociedad y se satisfacen a sí mismas como observadores críticos o incluso como jueces del mundo. El otro error sería fundirse con el mundo circundante y comportarse como todos los demás, independientemente de si ese comportamiento es bueno o malo. Perderíamos nuestra identidad cristiana. Jesús nos advierte: "Si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la puede sazonar? Ya no sirve para nada, sino para ser tirada y pisoteada" (Mt 5:13). Ninguno de los dos caminos es verdaderamente cristiano. Jesús quiso que fuéramos "luz(es) del mundo" (Mt 5, 14) y "sal de la tierra" (Mt 5, 13). Y quiso que fuéramos estas cosas en medio del mundo. Por eso Jesús oró por nosotros antes de su Pasión: "No te pido que los saques del mundo, sino que los protejas del maligno. Ellos no pertenecen al mundo, así como yo no pertenezco al mundo. Santifícalos en la verdad; tu palabra es la verdad". (Juan 17:15-17) Por lo tanto, mientras vivimos como todos los demás en este mundo, lo hacemos con una clara diferencia: vivimos como personas que están "santificadas en la verdad". Ser santificados en la verdad significa ser hechos santos por Aquel que dijo: "Yo soy la verdad" (Jn 14:6).

8. San Pablo enfrenta a los cristianos con esta tarea cuando escribe a los romanos: "No os conforméis con este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, aceptable y perfecto" (Rom 12:2). Sabemos por experiencia propia con qué facilidad nos conformamos a este mundo en lugar de ser transformados

mediante la renovación de nuestras mentes. Vivimos en un mundo en el que el poderoso torbellino del relativismo moral y doctrinal puede apartarnos fácilmente de la senda de los mandamientos de Dios. El Papa Francisco habla muy a menudo de este riesgo. Me refiero como ejemplo a su homilía matutina en Santa Marta el 13 de febrero de 2020. Habló del Rey Salomón que en su gran sabiduría no fue preservado de perderse. El gran rey comenzó como un "buen chico" que pidió al Señor sabiduría y la recibió. Pero el corazón de Salomón se debilitó porque permitió que sus esposas, que servían a otros dioses, lo convencieran de que adorara a sus ídolos. "La suya no era una apostasía de un día para otro", señaló el Papa Francisco. Se deslizó hacia el pecado. El Señor reprendió a Salomón por haberse desviado: "Tú rechazaste tu corazón". Esto también ocurre en nuestras vidas. La mayoría de nosotros no comete grandes pecados pero el peligro está en "dejarnos deslizar lentamente porque es una caída anestesiada". Sin darnos cuenta, las cosas se relativizan y perdemos nuestra fidelidad a Dios. ¡Cuántas veces "olvidamos al Señor y empezamos a tratar con otros dioses" como el dinero, la vanidad y el orgullo! "Para nosotros", explicó el Papa Francisco, "este resbaladizo deslizamiento en la vida se dirige hacia la mundanidad" creyendo que está bien porque "todos lo hacen". Al justificarnos de esta manera, perdemos nuestra fidelidad a Dios y abrazamos los ídolos modernos. (L'Osservatore Romano, Edición semanal en inglés, n.12, 20 de marzo de 2020)

9. Lo que le pasó a Salomón puede pasarle a cualquiera de nosotros. A menudo queremos complacer a todo el mundo y hacer de sus dioses nuestros dioses. Si no tenemos la fuerza desde dentro, del "amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo" (Rom 5:5), perderemos la batalla. Sabemos bien que en lugar de ser transformados, podemos fácilmente arriesgarnos a ser conformados! Por ejemplo, todo el mundo dice mentiras, ¿por qué debería decir siempre la verdad? Todo el mundo hace trampas, ¿por qué no debería hacer lo mismo? Quien permanece fiel a su cónyuge es visto como un tonto, ¿por qué no debería yo también desviarme? Y cuando llegamos a las cuestiones de la fe, es similar. Hay tantas teorías sobre Jesucristo, ¿por qué seguir creyendo en las anticuadas palabras del Credo? ¿No sería mejor seguir a un predicador elocuente que incluso puede burlarse de la Iglesia Católica con todos sus escándalos? Todo el mundo sigue su propio interés, ¿por qué debería preocuparme por los demás? La lista de tales exámenes

Cómo vivir una vida independiente

10. La pregunta sigue siendo: ¿cómo podemos preservar nuestra identidad cristiana en un mundo que sigue valores muy diferentes de los nuestros, sin separarnos de ellos? Esta pregunta debe molestar a todo cristiano bien intencionado. Este punto ha surgido en los textos y discursos de los Papas en el pasado reciente. Con motivo de su visita a Alemania, el Papa Benedicto XVI habló a los católicos sobre este tema (25 de septiembre de 2011 en Friburgo). Provocó duras reacciones que prueban que tocó una herida abierta no sólo en la vida de los católicos en Alemania, sino también en otras partes del mundo. Estoy citando algunos pasajes sustanciales de su discurso:

"Para cumplir adecuadamente su verdadera tarea, la Iglesia debe renovar constantemente el esfuerzo de desprenderse de su tendencia a la mundanalidad y abrirse de nuevo a Dios. ... La historia ha demostrado que, cuando la Iglesia se hace menos mundana, su testimonio misionero brilla más. Una vez liberada de las cargas y privilegios materiales y políticos, la Iglesia puede llegar más eficazmente y de forma verdaderamente cristiana a todo el mundo, puede abrirse verdaderamente al mundo. Puede vivir más libremente su vocación al ministerio del culto divino y al servicio del prójimo. ... No se trata aquí de encontrar una nueva estrategia para relanzar la Iglesia. Se trata más bien de dejar de lado la mera estrategia y buscar una transparencia total, no poner entre paréntesis o ignorar nada de la verdad de nuestra situación actual, sino vivir plenamente la fe aquí y ahora a la luz del día con total sobriedad, apropiarse de ella por completo y despojarla de todo lo que sólo parece pertenecer a la fe, pero que en realidad es una mera convención o hábito. Para decirlo de otra manera: para la gente de todas las épocas, y no sólo la nuestra, la fe cristiana es un escándalo. Que el Dios eterno nos conozca y se preocupe por nosotros, que lo intangible se haya hecho tangible en un momento determinado, que el inmortal haya sufrido y muerto en la Cruz, que a nosotros, los mortales, se nos dé la promesa de la resurrección y la vida eterna - para la gente de cualquier época, creer todo esto es una afirmación audaz. ... Es hora una vez más de descubrir la forma correcta de desprenderse del mundo, de alejarse decididamente de la mundanalidad de la Iglesia. Esto no significa, por supuesto, retirarse del mundo: todo lo contrario. Una Iglesia liberada de la carga de la mundanalidad está en posición, no sólo a través de sus actividades caritativas, de mediar la fuerza vivificante de la fe cristiana a los necesitados, a los que sufren y a sus cuidadores... Como individuos y como comunidad de la Iglesia, vivamos la sencillez de un gran amor, que es

a la vez lo más sencillo y lo más difícil de la tierra porque exige ni más ni menos que el don de sí mismo".

Vivir en medio de los desafíos de la pandemia

11. "En el mundo, no del mundo" sigue siendo un desafío para la Iglesia y sus miembros en todo momento. La actual pandemia tiene el potencial de despertarnos del sueño de la falsa seguridad. Puede que hayamos dado demasiadas cosas por sentado, no sólo en lo que respecta a nuestras necesidades humanas diarias, sino también en lo que respecta a nuestras vidas como fieles y miembros de la Iglesia. En el espacio de casi un solo día, la mayoría de nosotros se vio privada de la misa semanal o diaria, de la celebración de los otros sacramentos, de visitar a los enfermos y de enterrar a los muertos. La cuarentena física nos obligaba a una cuarentena espiritual. De repente nos vimos obligados a preguntarnos sobre lo esencial de nuestra vida: no sólo sobre el pan de cada día con sus aspectos materiales, sino también sobre nuestra confianza en Dios que no respondía a nuestras oraciones como esperábamos. Muchos han experimentado repentinamente el destino de Job: "El Señor dio y el Señor quitó". ¿Fuimos y somos capaces de decir con Job: "Bendito sea el nombre del Señor" (Job 1:21)?

12. Estamos contentos de que los lugares de culto y con ellos también nuestras iglesias puedan reabrir en la mayoría de los países de nuestra región, aunque con restricciones. Sin embargo, todo el mundo puede sentir que ya no es lo mismo que antes. Las reglas impuestas por los riesgos de Covid-19 están cambiando el carácter de nuestras celebraciones. El distanciamiento social, la frecuente higienización, el uso de máscaras y guantes, las normas relativas al canto, la limitación del tiempo de celebración y muchas otras cosas hacen más difícil experimentar la alegría de la liturgia y el sentimiento de que estamos recordando las grandes obras redentoras que Dios ha hecho por nosotros a través de su Hijo Jesucristo. La celebración de nuestros sacramentos esenciales como el Bautismo, la Confirmación o el Matrimonio con sólo un pequeño grupo de participantes, nos hace sentir drásticamente que la vida ya no es la misma que antes. El hecho de que la confesión individual sólo sea posible de forma muy reducida con la distancia social nos muestra que la normalidad de la vida

sacramental ha desaparecido. Las estrictas reglas para visitar a los enfermos en los hospitales o en casa hacen que la administración de la unción de los enfermos, una acción vaciada del toque de calor y cercanía humana. Incluso la bendición de los cuerpos y los funerales se han convertido en pruebas que muy a menudo dejan a los familiares y amigos de luto sintiéndose frustrados. La reducida accesibilidad de las iglesias ha privado y sigue privando a muchos fieles del lugar donde pueden llevar en silencio al Señor sus penas o llorar delante de la Madre María.

Adaptándose a las nuevas condiciones

13. Todas estas experiencias y muchas más nos hacen conscientes de que vivir la fe en comunidad es más que cumplir ciertos actos que consideramos una obligación para un católico practicante. En ausencia de relaciones normales con nuestros compañeros creyentes, nos damos cuenta de que ser un solo cuerpo no es sólo la suma total de algunos ejercicios religiosos aislados, sino también una realidad de la que hay que ocuparse activamente. Cómo podemos hacer esto de manera efectiva bajo las circunstancias dadas será uno de los principales desafíos que tenemos que enfrentar. Ciertamente, tenemos los medios electrónicos que nos ayudan a llegar a los demás. Continuaremos transmitiendo liturgias y otras actividades religiosas en línea y compartiendo la palabra de Dios de muchas maneras. Sin embargo, necesitamos el contacto físico, porque como personas humanas y creyentes somos seres con cuerpo y alma. Nuestro ser más íntimo corre el riesgo de secarse si falta la experiencia de la verdadera comunidad. Imagine una familia en la que cada uno vive en su propia habitación, come allí y se comunica sólo virtualmente con los otros miembros: ¿una familia así sufriría una sequía en su relación! Es similar a nuestra vida como cristianos en la comunidad de nuestras parroquias y sus diferentes grupos.

14. El Covid-19 tiene el potencial de matar físicamente a las personas infectadas. Pero más allá de eso, también tiene el potencial de dañar e incluso matar las verdaderas relaciones humanas. Los ancianos, los enfermos crónicos, las personas con necesidades especiales, etc., son declarados como personas en riesgo y excluidos de la vida social

normal. En el actual clima de miedo a la infección, existe el riesgo de ver a la otra persona como una amenaza para nuestra propia salud y viceversa. Será nuestra tarea como cristianos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para luchar contra un clima general de sospecha y exclusión. Salud normal y prudencia, sí; histeria y preocupación excesiva, ¡no! Por supuesto, estamos obligados por las reglas de las autoridades civiles. Sin embargo, no debemos tomar estas reglas como una excusa para nuestra falta de cuidado mutuo como miembros de la misma comunidad cristiana y la familia humana básica.

Confianza contra pánico

15. Estamos, como dijo Jesús, completamente "en este mundo" pero no "de este mundo". ¿Qué significa esto en el contexto específico en el que vivimos? Como mencioné al principio de esta carta, compartimos con todos nuestros semejantes las mismas condiciones de vida, incluyendo los riesgos y los temores de la pandemia y muchas otras amenazas. La pregunta es cómo enfrentamos esta situación como creyentes en Jesucristo. Él nos enseñó a entendernos como hijos e hijas del Padre celestial que nos ama hasta la médula. ¿Significa esto que siempre tendremos una vida feliz? ¡No! Sin embargo, significa que incluso en situaciones de angustia y pruebas extremas no caemos en sus manos. Es Jesús quien en su vida y muerte mostró esta verdad, cuando dijo antes de respirar por última vez: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lucas 23:46). San Pablo, que tuvo que sufrir mucho durante su vida, martilló en los corazones de los romanos la verdad del amor de Dios en Cristo Jesús con las siguientes palabras: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Las dificultades, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada? ... Estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los gobernantes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni los poderes, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra cosa en toda la creación, podrá separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor" (Romanos 8:35.38-39). Temblamos y sufrimos con todos los demás humanos, pero creemos que existe el Padre de nuestro Señor Jesucristo que no nos abandonará, ni siquiera en la muerte. El Señor resucitado es la garantía de esta convicción.

16. Durante la conmovedora oración "Urbi et Orbi" del 27 de marzo de 2020, el Papa Francisco desafió nuestra fe con las palabras de Jesús dirigidas a sus discípulos en la situación de la tormenta marina:

"¿Por qué tenéis miedo? ¿No tienes fe? La fe comienza cuando nos damos cuenta de que estamos necesitados de salvación. No somos autosuficientes; por nosotros mismos estamos perdidos: necesitamos al Señor como los antiguos navegantes necesitaban las estrellas. Invitemos a Jesús a las barcas de nuestras vidas. Entreguémosle nuestros miedos para que pueda conquistarlos. Como los discípulos, experimentaremos que con él a bordo no habrá ningún naufragio. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en bueno todo lo que nos pasa, incluso las cosas malas. Él trae serenidad a nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

17. El Señor nos pide y, en medio de nuestra tempestad, nos invita a despertar y a poner en práctica esa solidaridad y esa esperanza capaces de dar fuerza, apoyo y sentido a estas horas en las que todo parece tambalearse. El Señor despierta para reanimar y reavivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: por su cruz nos hemos salvado. Tenemos un timón: por su cruz hemos sido redimidos. Tenemos una esperanza: por su cruz hemos sido sanados y abrazados para que nada ni nadie pueda separarnos de su amor redentor. En medio del aislamiento, cuando sufrimos la falta de ternura y de posibilidades de encuentro, y experimentamos la pérdida de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: él ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos pide desde su cruz que redescubramos la vida que nos espera, que miremos hacia quienes nos miran, que fortalezcamos, reconozcamos y fomentemos la gracia que vive en nosotros. No apaguemos la llama vacilante (cf. Is 42,3) que nunca flaquea, y dejemos que se reaviva la esperanza. (Oración extraordinaria presidida por el Papa Francisco, 27 de marzo de 2020)

Jesús, el pionero y perfeccionador de nuestra fe

18. ¡Queridos hermanos y hermanas! En esta situación de angustia, no cometamos el error de la esposa de Lot que miró hacia atrás a la ciudad en llamas de Sodoma y "se convirtió en una columna de sal" (Gen 19:26). Tenemos que aceptar la realidad tal como es y mirar hacia adelante, sabiendo que "nuestra ciudadanía está en los cielos, y de allí

esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo" (Fil 3:20). Esto no resuelve los problemas diarios que tenemos que enfrentar. Sin embargo, nos da un horizonte de esperanza en medio de las calamidades de este mundo. La carta a los Hebreos ofrece incluso toda una lista de testigos de la fe para animar a una comunidad cristiana primitiva que sufre persecución y fatiga (cf. Hebreos 11). Después de esta "nube de testigos" la carta a los Hebreos continúa: "Dejemos también a un lado todo peso y el pecado que nos oprime, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante, mirando a Jesús, el pionero y perfeccionador de nuestra fe, que por la alegría que le fue propuesta soportó la cruz, sin tener en cuenta su vergüenza, y se sentó a la derecha del trono de Dios" (Hebreos 12, 1-2). "Mirando a Jesús el pionero y perfeccionador de nuestra fe" es nuestro reto cuando tenemos que seguir adelante y vivir bajo las amenazas permanentes de pandemias, guerras, problemas económicos y otras adversidades en nuestras vidas individuales.

19. En tales situaciones, lo mejor que podemos darnos mutuamente es el mensaje y el testimonio de esperanza. No tiene sentido quejarse diariamente de nuestras malas experiencias. Estamos llamados a "olvidar lo que queda atrás y a esforzarnos en lo que queda adelante" (Fil 3:13). Es la perspectiva de una vida que mira más allá de las luchas diarias para "el premio de la llamada celestial de Dios en Cristo Jesús" (Fil 3:14). Esta será la prueba de si realmente entendemos la oración de Jesús antes de su pasión: "No te pido que los saques del mundo, sino que los protejas del maligno. Ellos no pertenecen al mundo, así como yo no pertenezco al mundo. Santifícalos en la verdad; tu palabra es la verdad" (Juan 17, 15-17). Ser santificados en la verdad significa mirar a Jesús como el pionero y perfeccionador de nuestra fe y no dejar que las luchas por las que tenemos que pasar limiten nuestro horizonte.

20. Mirar "a Jesús como el pionero y perfeccionador de nuestra fe" tiene que tomar cuerpo en nuestras iniciativas caritativas. Sin hacer mucho ruido, hay muchos que muestran una auténtica caridad evangélica en esta época de la pandemia. Están ayudando a los vecinos y a otros en tiempos difíciles. Deseo agradecerles a todos ellos, incluyendo a aquellos que en su actividad profesional están trabajando en la vanguardia. Animo a los individuos y grupos de nuestras parroquias a

continuar en el camino de la solidaridad caritativa dentro de la comunidad cristiana. Seamos conscientes de las fuertes palabras que San Santiago usa en su carta: ¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga que tiene fe pero no tiene obras? ¿Puede esa fe salvarlo? Si un hermano o una hermana no tiene nada que ponerse y no tiene comida para el día, y uno de vosotros les dice: "Id en paz, calentaos y comed bien", pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está muerta (Santiago 2:14-17).

La vida sacramental en condiciones extraordinarias

21. Pronto comenzaremos un nuevo año escolar y reorganizaremos nuestras actividades pastorales y educativas. Muchas cosas se verán muy diferentes en comparación con el pasado. Sin embargo, trabajaremos juntos, y con la gracia de Dios, sacaremos lo mejor de una situación difícil. Requerirá paciencia cuando tengamos que planificar el horario de las Misas, la celebración de los sacramentos en pequeños grupos (Bautismos, Primeras Comuniones, Confirmaciones, Matrimonios), el Catecismo en grupos limitados y utilizando los medios de comunicación online, etc. Sin embargo, estoy seguro de que tenemos entre nosotros muchos carismas que nos ayudarán a enfrentar los desafíos. Cada miembro de los fieles, no sólo los sacerdotes y religiosos, ha recibido por el bautismo y la confirmación la facultad y el mandato de ser co-constructores del cuerpo de Cristo. Todo aquel que se relacione con los demás en la vida diaria en un verdadero amor cristiano puede ayudar a desarrollar lazos espirituales entre familias y grupos. Tenemos que superar una mentalidad en la que estamos girando alrededor de nosotros mismos y dentro de nuestros pequeños círculos. Esta es la razón principal por la que empecé el proceso de participación laica importante en los Emiratos Árabes Unidos y en Omán, aunque la pandemia ha puesto una pausa temporal en el proceso. Estoy seguro de que el Espíritu Santo nos capacita para hacer lo que es necesario y posible en la situación actual. Seguimos adelante con la confianza que se da a cada uno que sigue mirando a Jesús el Señor, que es el pionero y perfeccionador de nuestra fe.

22. Como escribí antes, no será posible por el momento reanudar todas las actividades sacramentales. La mayoría de ustedes no tendrán la

posibilidad de ir a una de las llamadas "Misas de Obligación". Mientras dure la situación actual de la pandemia con sus restricciones, la obligación dominical de asistir a la misa permanece suspendida, junto con las obligaciones canónicas para la confesión anual y la comunión pascual. Sin embargo, la obligación de adorar a Dios en domingo nunca puede ser suspendida. Incluso si no se puede asistir a la misa, sigue existiendo la obligación de que cada persona bautizada dedique un tiempo especial a las oraciones de agradecimiento, adoración e intercesión cada domingo. También nos ocuparemos de que los que no puedan ir a la iglesia puedan seguir, ya sea solos o con sus familias, o en pequeños grupos, los servicios que se transmiten en directo por Internet, que continuarán en muchas de nuestras parroquias.

23. Lea la Biblia. 24. Rezar el Rosario. 24. Aprender de memoria los versículos clave de los Evangelios y de los Salmos como un tesoro espiritual para los tiempos de sequía. Como el Sacramento de la Reconciliación se administrará sólo de manera limitada, he dado permiso a los sacerdotes para que celebren un rito penitencial con absolución general antes de ciertas misas. Una vez más, aconsejo a los sacerdotes la obligación de comunicar a los fieles, con suficiente antelación, los días del mes en que se dará la absolución general. Cuándo y cómo se pueden administrar los otros sacramentos debe ser resuelto de acuerdo con la situación en el país, emirato y parroquia respectiva. El obispo da a los sacerdotes un cierto número de reglas para facilitar los procedimientos.

"Dios está con nosotros al atardecer y por la mañana"

24. Deseo terminar esta carta con el último verso del poema de oración del teólogo Dietrich Bonhoeffer. Lo escribió a sus seres queridos desde la prisión unos meses antes de su martirio bajo los nazis, que ocurrió hace exactamente 75 años. El verso puede encajar bien en la vida de muchos de nosotros:

Por fuerzas amorosas maravillosamente protegidas,
estamos esperando sin miedo lo que venga.
Dios está con nosotros al atardecer y en la mañana

y, con toda seguridad, todos los días.

Que el Espíritu nos lleve a cada uno de nosotros a comprender de manera más profunda el misterio, que vivimos en este mundo pero no somos de este mundo. Que la realización de esta verdad nos traiga la libertad interior para vivir con serenidad los desafíos de los próximos meses y años.

Invoco sobre todos vosotros, por intercesión de Nuestra Señora de Arabia, la protección de nuestro Señor Jesucristo, que ha prometido a sus discípulos que permanecerá con nosotros hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28,20).

Con mis bendiciones para todos ustedes,

+ Paul Hinder OFM Cap
Vicario Apostólico de Arabia del Sur
Administrador Apostólico de Arabia del Norte

Abu Dhabi, 6 de agosto de 2020 (La Transfiguración del Señor).